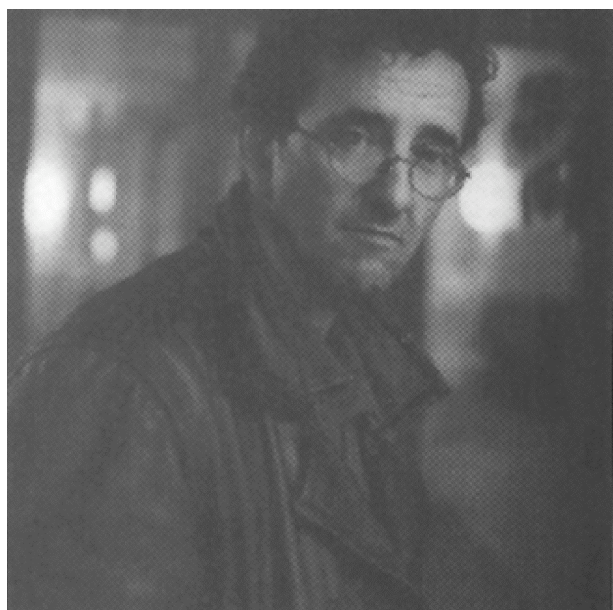


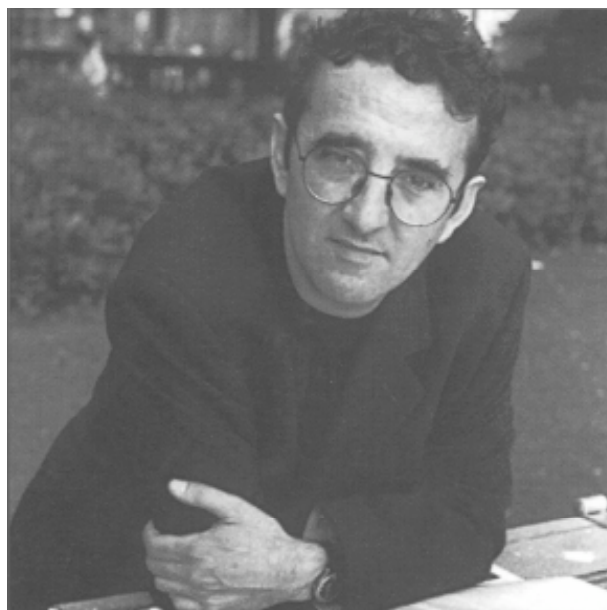
El cemenario sin fin

Sealtiel Alatraste

Roberto Bolaño esperó la muerte escribiendo una novela que le crecía en las manos: 2666. Sealtiel Alatraste — autor de En defensa de la envidia y Verdad de amor— recuerda en estas páginas al autor chileno que, dice, se había convertido para muchos en un escritor de culto.



© Janj Baur



15 de julio de 2003: Pocos días después de terminar su inmensa novela 2666, muere el escritor chileno Roberto Bolaño.

Hacía muchos años que se había refugiado en Blanes, un pueblo ubicado entre la frontera catalana-francesa y la Costa Brava. Fue la última parada del largo periplo que lo había llevado, gracias al golpe de Estado de Pinochet, a la Ciudad de México, donde vivió algún tiempo. Des-

pués de esos años que lo marcarían para siempre, marchó a la Cataluña profunda del Ampurdán donde iba a encontrar fortuna y muerte. Cada vez salía menos y sus visitas a Barcelona eran escasas. A veces se encontraba con sus amigos escritores en algún bar de la ciudad, iba a resolver asuntos con su editor, dictaba una que otra conferencia comprometida de antemano, y visitaba con frecuencia el hospital *Vall d'Hebrón* para curar un mal de hígado que progresaba sin término.

Bolaño quería encontrar un nuevo modo de entender la originalidad latinoamericana hasta en los sitios más comunes.

Roberto Bolaño se había convertido en un maestro, un escritor de culto, la seña de identidad de una nueva tendencia en la literatura latinoamericana. *Los detectives salvajes*, su novela multipremiada, era piedra de toque para entender que la ficción en América había cambiado de rumbo y ya no radicaba ni en Macondo ni Santa María, que la poesía se había escapado de *Altazor* y *Trilce* y empezaba a ser rastreada por unos nuevos detectives-poetas en un largo deambular por la cultura, el sueño, el mal, la pesadilla y el delirio que producen algunas calles y mansiones escondidas de las grandes ciudades latinoamericanas; unos nuevos detectives, habría que decirlo, dispuestos a dinamitarlo todo a golpes de humor, ingenio y relecturas.

No era un secreto que intentaba comprender la literatura desde otra óptica. Había escrito en forma de diccionario una crítica imaginaria de narradores inexistentes, que fue una excelente parodia de la historia *real* de la literatura del continente americano, tan dada a ensalzar maestros a diestra y siniestra sin apenas un gramo de medida. Bolaño quería encontrar un nuevo modo de entender la originalidad latinoamericana hasta en los sitios más comunes. Había ponderado, por ejemplo, el *Martín Fierro*, no como un gran poema épico, sino como una novela llena de *significados a explorar* “de la libertad y de la mugre”; o había señalado que una de las corrientes secretas de la literatura argentina después de Borges estaba representada por Horacio Lamborghini, cuyos libros “huelen a sangre, vísceras abiertas, licores corporales, a actos sin perdón”. En su escondite de Blanes parecía dispuesto a leerlo todo para encontrar o dar sentido a una cierta tradición que permanecía agazapada en escritores poco valorados por las generaciones que le precedieron. “La literatura es una máquina acorazada”, decía, “no se preocupa de los escritores. A veces ni siquiera se da cuenta de que están vivos. Su enemigo es otro, mucho más grande, mucho más poderoso”. A ese enemigo —la solemnidad, la banalidad, la complacencia— lo enfrentó literal y literariamente hasta morir.

En las últimas visitas que hizo a Barcelona comentaba que la novela que estaba escribiendo le crecía en las manos sin medida. Sólo a unos pocos les confiaba de qué iba, cómo estaba compuesta, cuáles eran sus pretensiones, y se contentaba con decir que ya iba por la curtila ochocientos, por la novecientos diez, o había pasado las mil. Sonreía con ese gesto melancólico que se había instalado en su rostro, y uno suponía que en aquellas pá-

ginas sin final luchaba contra el poderoso enemigo de la literatura. Sus últimos libros fueron novelas cortas casi perfectas, y sorprendía de que hubiera emprendido una obra monumental. Era una suerte de trabajo secreto, metódico, a contracorriente de los gustos generacionales de la lectura: levantaba un edificio para destruir otro. Más de uno se sorprendió de que, cuando finalmente el libro apareció, fuera una novela coral compuesta de cinco novelas independientes, ligadas de manera subterránea por el tema del mal y la muerte. Su título, *2666*, está tomado de un fragmento en apariencia insignificante de otra novela suya, *Amuleto*, que a su vez es un relato dilatado de un capítulo de *Los detectives salvajes*:

La (Colonia) Guerrero, a esa hora, se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975, sino a un cementerio del año 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo.

Eso era lo que escribía aunque lo ignorábamos, aunque nos esforzáramos en imaginar el derrotero de su imaginación, el edificio que derribaría a otro era la imagen de un interminable cementerio entrevisto tras un leve velo futurista, y uno difícilmente podía imaginar que esa era la imagen que pergeñaba cuando sonreía melancólicamente: estaba rescatando lo que el ojo veleidoso había olvidado y seguramente iba a permanecer enterrado en un camposanto que descubriremos al azar cuando empiece el último tercio del tercer milenio, cuando quizá todo, como la Colonia Guerrero, fuera una interminable sucesión de tumbas donde se conservarán los restos pútridos de nuestra violenta historia, donde yacerá el mal que hemos querido ignorar, al que dimos carta de identidad en el siglo XX y que acabará de hundirnos en el XXI.

La fantástica intuición de Bolaño le hizo ver que un anticipo de ese cementerio futuro existe ahora en Ciudad Juárez, sitio alegre por fuera y lúgubre por dentro, que en *2666* se llama Santa Teresa en honor de la santa mística que moría porque no moría, y vivía sin vivir en ella la pobrecita. Casi nadie lo sabía, pero en esas cuartillas que iban multiplicándose en sus manos, se gestaba una novela magistral en la que exploraba la inconsecuencia de habernos olvidado que el mal fue creado por los hombres. ¿Por qué hay tantas muertas en Ciudad Juárez?,

¿por qué hemos convertido esa ciudad —que en su día se le llamó Paso del Norte como si fuera el paso obligado al progreso y el desarrollo— en un cementerio con rostro de carnaval? Esta pregunta, machaconamente repetida en la prensa de todo el mundo, encuentra muchas respuestas en las cinco partes que Bolaño escribió en secreto y sin mesura mientras esperaba turno para que le hicieran un trasplante de hígado.

Estaba enfermo, se sabía que lo estaba, que era urgente que le dieran lugar en el sanatorio, que su hígado apenas y resistiría unos días, pero él no hacía demasiada presión para que lo admitieran. Estaba en fila, esperando pacientemente que llegara su turno, tan pacientemente como escribía su novela prodigiosa. De la misma manera con que hacía alarde de una posición crítica desenfadada y anárquica, minimizaba las consecuencias de su enfermedad. Adelgazaba, se consumía, su melancolía parecía entrar en competencia con la anemia mientras él despotricaba contra todo lo que leía para demostrar que el enemigo de la literatura permanecía agazapado en la complacencia de los lectores, y que había que luchar contra la literatura fácil, facilona, que palabra a palabra lo devoraba todo. Enfermaba paso a paso pero no paraba en mientes y arremetía contra quien fuera. “En este sentido”, dijo, “me puedo permitir afirmar que soy una rata apolínea y que (los cultores de la pesadilla o de la piel de la pesadilla) cada día se asemejan más a unos gatos de angora o gatos siameses despulgados”.

Enfermaba mientras construía el edificio que iba a derribar a otro.

No alcanzó sitio en el hospital, no llegó el órgano para el trasplante salvador, y el hígado terminó por no servir para nada. La novela estaba prácticamente terminada pero tampoco alcanzaría a entregarla a su editor. Señaló en su ordenador cuáles eran los archivos definitivos y con alguien comentó una última impresión de las cinco partes que la componen. Quizá su enfermedad, el mal incurable que llevaba dentro, le había ayudado a describir la caída de una sociedad, la bajeza y el dolor de los hombres, el horror de la indiferencia. Se sirvió de una de las mayores metáforas del mal actual, la incapacidad para detener la interminable cadena de asesinatos que se pergeña día a día en Ciudad Juárez, para escribir una de las grandes novelas de América Latina.

Según indica en el epílogo de la edición póstuma Ignacio Echeverría, editor y albacea literario de Bolaño, Roberto había escrito una nota personal para recordar —¿recordarse?— que el narrador de *2666* era Arturo Belano, uno de aquellos detectives salvajes que dinamitaron la literatura de su tiempo. Una nota final encontrada por Echeverría es su mejor epitafio:

Y esto es todo, amigos. Todo lo he hecho, todo lo he vivido. Si tuviera fuerzas me pondría a llorar. Se despide de ustedes, Arturo Belano. [U]

